

gusta, ojalá tengamos un Brillas perenne sobre un escenario. A los cronistas de espectáculos puede no gustarles ese cómico en lo personal, pero antes de pontificar guiados por su propio sentido de lo bueno y lo malo, deben fijarse en el resto de los espectadores, que se divierten en grande, que ríen hasta saltárseles lágrimas y que, por supuesto, no van a leer las crónicas teatrales de los periódicos.

En la comedia aparece una bella mujer que tiene nombre de estrella del cine mudo, Ambar La Fox, y que podría estar bien de actuación si no estuviese tan pendiente de quitarse su tono argentino para hablar. León Michel es un exponente más de los locutores metidos a . . . iba a decir actores, pero como esos señores ni siquiera se acercan al significado de esa palabra, diré que siguen siendo locutores en el escenario, pues para hacer reír tienen que recurrir a sus frases manidas de los comerciales de televisión. Es triste la posición de estos señores, que no estando contentos con ser locutores, como si fuese una profesión indigna, invaden los escenarios y demuestran que nada tienen que hacer en ellos. Arturo Cobo está gracioso, nada más. El resto del reparto . . . que Talía se los demande.

Un reproche a David Antón por su horrenda escenografía. Un profesional de su categoría, que cobra altos honorarios, no tiene derecho alguno a colocar esas rocas de cartón pintado y engrudo, y a esbozar una escenografía ramplona para cada uno de los actos. Si no se da abasto con tanto trabajo como tiene, más vale que acepte menos compromisos, porque así hará las cosas como sabe hacerlas y dejará oportunidades a nuevos elementos, que los hay, y muy valiosos.

2 de octubre de 1966

ALGO TAN RANCIO COMO LA MANTEQUILLA

Don Roberto Soto, considerado el rey de la revista mexicana, llegó a la cima de su carrera cuando logró presentar *Rayando el*

sol, revista de don Carlitos Ortega y del Güero Benítez, en el propio Palacio de las Bellas Artes. Claro está que por aquellos años —1937— el enorme “merengue”, como lo llamó Salvador Novo, no se convertía aún en el sueño dorado de don Porfirio, es decir, en un teatro que diese albergue sólo a cuatrocientas familias de elegidos, antes por el dictador y ahora por la fortuna. *Rayando el sol* fue presentada con todo lujo en escenografía y vestuario, con una orquesta casi sinfónica y con dos docenas de bellísimas coristas y bailarinas. El cine se encontraba en pañales y nadie podía prever que sería retrasado mental, la televisión aún no hacía su aparición, Amalia Hernández apenas comenzaba a bailar el jarabe tapatío en la sala de su casa, y la palabra “folklore” era pronunciada con respeto por don Vicente T. Mendoza.

Por tanto, al público aún le encantaba ver la “danza de los viejitos”, las jaranas yucatecas, los sones huastecos y toda clase de “mosaicos” mexicanos, de allí que la revista folklórica alcanzase tan buen éxito siempre que se montaba y pudo, por ello, llegar hasta el escenario del “merengue”.

Pero el cine, que nunca ha pecado de imaginativo, tomó por su cuenta el folklore y nos saturó hasta la náusea de jarabes, danzas, jaranas, sones, etcétera. Después llegó la televisión y no hubo, ni hay, ni habrá, programa musical que quiera sentirse muy mexicano, donde no veamos otra vez hasta el delirio los mismos bailes folklóricos. Y, por fin, doña Amalia Hernández acabó de una vez con ese folklore al inspirarse para sus coreografías en los ballets soviéticos y en *West Side Story*. El público, para entonces, es decir, hoy, estaba harto de viejitos de Michoacán con todo y sus jícaras, de danzas del venado, de bombas yucatecas, de bambas y negras veracruzanas, de toda clase de jarabes, desde el tapatío hasta el Tónico Bayer. Por eso ha fracasado rotundamente la reposición de *Rayando el sol* en el Teatro Iris.

¿Pero será sólo por la razón antedicha? Quizá esté yo juzgando con demasiada benevolencia al público y crea, optimista, que los espectadores han superado ese chauvinismo folklorista. Posiblemente les siga fascinando el “mosaico”, y si no han acudido al Iris, es porque se olieron —ese olfato increíble que tiene el público— que aquello era de una mediocridad pasmosa. Y no se equivocaron. Fernando Soto fue, por algunos años, un aceptable

cómico de cine cuando servía de patiño arrabalero a David Silva, pero jamás llegará a tener la simpatía y el arrastre de multitudes que tuvo su padre. Ahora causa pena verlo en unos *sketches*, cuya gracia se fue en un Packard Clipper de aquellos de los cuarenta y que, al tratar de resucitarla, resulta tan rancia como el apodo del cómico.

Aun cuando yo también tengo olfato, como el resto del público, y estaba convencido que sería un espectáculo lamentable, fui corriendo porque vi el nombre de Isabela Corona en los programas. ¿Qué podría hacer la gran trágica mexicana en *Rayando el sol*? Un ancianito amigo mío me dijo que ella había estrenado esa obra en el Palacio de Bellas Artes junto con Roberto Soto, y que recitaba “unos versos muy bonitos”. En efecto, mi amigo no se equivocaba: Isabela Corona aparece con una rosa de plástico en las manos y dice maravillosamente un largo poema que se llama *Serenata en Duelo*, y hasta canta un poquitín con mucho sentimiento. Después de aplaudirle, descansé, porque había pensado que una de las pocas glorias teatrales que nos quedan, iba a hacer un *sketch* (¿pero no hay otra palabra?), con Mantequilla. Poco después aparece un señor Coria Orfeón a recitar otro poema, pero él lo hace a lo Berta Singerman, muy entregado al arte de la declamación sin maestro, y la labor de la Corona, su talento, su experiencia, su sensibilidad, quedan más al descubierto y se la admira más.

La bella canción que le da título al espectáculo es destrozada, pisoteada, pulverizada, por dos “cantantes” de ranchero extraídos seguramente de la “Estación del Barrilito”, y uno de ellos, ya enloquecido por la falta de autocrítica y de oído, se lanza con *Ojos tapatíos* y los deja completamente ciegos. Y a uno no le queda otro remedio que suspirar por el “llorado” Jorge. Una soprano canta bien *El caminante del Mayab*, del “llorado” Guty, por lo que no tuvimos que añorar al “llorado” Nicolás. Y luego muchos bailes, muchos, y bombas yucatecas, y más canciones y chistes tan viejos como la revista y unos músicos de orquesta que asistieron al debut de la Conesa y tomaban el chocolate con las Moriones. Hace unas semanas dije aquí mismo que la zarzuela trata de renacer, pero es que ese género está apolillado, oloroso a humedad y naftalina por estar guardado, pero no está muerto,

porque es una señora de mucha vitalidad. Pero los géneros que ya están bien muertos y sepultados, hay que dejarlos en paz reposar en el Señor. Sacarlos de sus tumbas es necrofilia y eso se castiga penalmente.

23 de octubre de 1966

VIDA Y MUERTE DE GURROLA EL GRANDE

En las postrimerías del siglo XIX, un actor italiano llamado Andrea Maggi estrenó en México la obra cumbre (para su época) de Ibsen, *Espectros*, pero Osvaldo no aparecía en escena bailando con su madre un *cake-walk*, que era el baile que enloquecía a las adolescentes de caireles y abanicos. En 1928, Salvador Novo y Xavier Villaurrutia crearon el teatro de Ulises y presentaron las obras de O'Neill, pero *Electra*, a pesar de que le sentaba bien el luto, no salía al escenario bailando un desaforado charleston. En cambio, en 1967, los bailes a *go go* no sólo se han adueñado de la mente de los jóvenes, sino del vestuario, de las costumbres, del medio ambiente en general, en el que se incluye el teatro. No se concibe ya una puesta en escena de cualquier género teatral donde no aparezca una docena de apetitosas y encantadoras adolescentes, ataviadas con suéteres multicolores, pantalones ajustados a la cadera o enloquecedoras minifaldas, botas blancas y cabello lacio cayendo en grandes cantidades sobre el rostro, a bailar, a brincar mejor dicho a *go go*. Lo mismo da que sea una obra de Tirso de Molina o una de Héctor Ortega, los "venerables" siglos no importan, ni el prestigio de los autores a quienes todavía hace un año se les consideraba unos señores pesadísimos que se sentían los intocables por ser "clásicos". Todo puede, todo debe transferirse a la época "gogoísta", para tener oportunidad de meter al escenario un conjunto musical, bellas muchachitas, y muchachitos también bellos con cabelleras a lo hombre primitivo. Tirso, Marlowe, Shakespeare, Lope y ahora Fielding, son chicos a *go go*, y a todos, excepto a unos contados cronistas